

RELACIONES DE DOMINIO Y MISIÓN DE LA IGLESIA

El dominio sobre el mundo y las relaciones entre los hombres como relaciones liberadas han sido los puntos en torno a los cuales se desencadenó la moderna crítica de la religión, desde perspectivas por otro lado tan distintas como Marx, Nietzsche y Freud. Y esos puntos eran precisamente los únicos que fundamentan de acuerdo con el NT la misión de la Iglesia y el sentido de la evangelización y de la llamada a la conversión, típica de la predicación cristiana. A continuación de este artículo cuyas planteamientos son más bien doctrinales, completamos el tema con una "aplicación práctica" a un problema que se va haciendo cada vez más acuciante: el dominio del mundo y la limitación de los recursos naturales.

Neue Herrschaftsverhältnisse als Grund der Mission. Sein oder Nichtsein der Mission, Evangelische Theologie, 34 (1974) 462-478

¿ES ILUSIÓN EL SEÑORÍO DE JESÚS?

El evangelio de Mateo fundamenta la misión universal de la Iglesia en el poder absoluto, sobre cielos y tierra, de Jesús crucificado y resucitado. Mateo cuenta con que la Iglesia, como discipulado de Jesús, propague el evangelio de tal manera que El sea comprendido y reconocido cada vez más, en este mundo y este tiempo, como el verdadero Señor. Por ello, y no para sí misma, ni para su propio poder, la Iglesia va hacia todos los pueblos. Porque fe y seguimiento no son separables; como tampoco lo son la confesión del señorío de Jesús y el reconocimiento del contenido de su mandato (cfr Mt 7, 21.27). ¿Tiene razón Mateo con esta comprensión del mundo y de la Iglesia, basada en la esperanza del señorío de Jesús que está ya- viniendo? ¿Se trata de un señorío experimentable y realizable, no sólo en la confesión verbal de la Iglesia, sino en un actuar nuevo y distinto de los cristianos? ¿Consiste la misión, entonces, en realizar el señorío del Resucitado en medio de un mundo donde se experimentan otros señoríos bien distintos y en circunstancias nada favorables?

No sólo Mateo, sino toda la cristiandad del primer siglo, en cuanto nos es accesible a través de los testimonios neotestamentarios, coincide en afirmar que Jesús, el que ha muerto, vive y es Señor. Como base de esta actitud se pone la predicación de Jesús, que ciertamente no se mostró conforme con las relaciones de poder existentes en este mundo, sino que las contradijo. Recuérdese la pequeña parábola de Jesús en Marcos 10, 42-45: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro, y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos; porque tampoco el Hijo del Hombre ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos". Por eso, los cristianos deben, como individuos y como comunidad, establecer entre sí unas relaciones de poder nuevas y contrarias a las existentes, utilizar nuevas normas para considerar lo que es alto y bajo, lo que es grande y pequeño, trastocar todos los valores de este mundo. Porque parten de una comprensión nueva del señorío: la que tiene por modelo a Jesús muerto y resucitado, proclamado como Señor universal, precisamente por haberse presentado como esclavo de todos.

La crítica atea al cristianismo, e incluso una parte de la teología que coincide con ella, consideran una ilusión esta forma de señorío. Karl Marx ve en ella, como en toda esperanza religiosa, la flor que oculta las cadenas de la esclavitud. Según él, la religión - sobre todo, el cristianismo centroeuropeo conocido por él- es, a lo sumo, el anhelo de una sociedad humana nueva, pero con ello, nada más que reflejo de las relaciones existentes de señorío (*Introducción a la filosofía del derecho de Hegel*). Marx dirige de algún modo a todo el cristianismo el mismo reproche que Mateo dedica a aquellos de los cristianos contemporáneos que no testimonian realmente que un nuevo Señor del mundo quiere hacer surgir unas relaciones distintas de señorío y sociedad.

Esta voluntad de cambio es la que permite entender la fuerza misionera de la cristiandad: "Se me ha dado plena autoridad en el cielo y en la tierra; por tanto, id y haced discípulos de todas las naciones. .." (Mt 28, 18s).

En este contexto, Pablo puede interpretar la imagen de la luz que el sermón de la montaña aplica a la misión de la Iglesia, invitando al lector de sus cartas a obedecer a Dios solo, y a no asimilar ya los esquemas de este mundo: "Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, para ser irreprochables y limpios, hijos de Dios sin tacha, en medio de una gente torcida y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo, manteniendo un mensaje de vida..." (Flp 2, 1416; cfr Rm 12)..

Nietzsche ha visto en Pablo al genial inventor del cristianismo que efectuó el viraje de la historia de la moral mediante la trasmutación de todos los valores, y con esto destruyó la moral primitiva, que estaba decayendo desde Sócrates y Platón. Como fundador del cristianismo, inició la gran "sublevación de los esclavos". Todo lo que es débil tiene ahora que triunfar. "Dios en la cruz -¿todavía no se entiende el terrible sentido oculto de este símbolo?-... Todo lo que sufre, todo. lo que pende de una cruz es divino... Todos estamos en la cruz, luego somos divinos... El cristianismo ha sido hasta . ahora la mayor desgracia de la humanidad" (El *Anticristo*). Nietzsche reconoció, al contrario de Marx, que, por lo menos desde Pablo, el cristianismo representa una poderosa trasmutación de actitudes y valores, que se expresan resumidos en la imagen del "Crucificado". Una y otra vez se escandaliza al encontrar que la debilidad significa fuerza en el cristianismo, que de aquellos que son despreciados, se dice que serán honrados, que los que están debajo, serán puestos arriba, que los últimos serán los :primeros. Lo que echa en cara a los cristianos es que quieran cambiar ` y cambien esta sociedad y estas relaciones de señorío precisamente -así piensa Nietzsche- para mal. Sobre todo, porque parte del supuesto de que no es Jesús resucitado el que ha causado el cambio de la cultura occidental, sino Pablo. Su crítica nos obliga a los cristianos a preguntarnos: ¿es verdaderamente una ilusión la tarea que se impuso el cristianismo del primer siglo, de anunciar a Jesús como el nuevo Señor del mundo?

Al mismo tiempo, un gran número de psicoanalistas, siguiendo las huellas de Freud, parten del supuesto de que Cristo y, por tanto, también la Iglesia, son productos de ilusiones humanas. "En la Iglesia pasa como en el ejército -por muy diferentes que sean entre sí-, pues uno y otro participa de la misma ilusión de que hay un jefe... que a cada individuo de la masa lo ama por igual. De esta ilusión depende todo; si es to se dejara perder, se desintegrarían enseguida, en cuanto la presión externa lo permitiera, tanto la Iglesia como el ejército" (*Psicología de las masas*). En *El porvenir de una ilusión*, Freud concluye que el hombre ha de liberarse también precisamente del cielo, y exclama con Heine: "Dejemos el cielo a los ángeles y a los gorriones". Frase que

transformaría después Lenin: "Dejemos el cielo a los frailes y a los santurriones burgueses".

Marx, Nietzsche y Freud coinciden en la tarea de buscar una forma verdadera y razonable de dominio y administración del mundo. Los tres, con todas sus diferencias, parten del supuesto de que la humanidad todavía no se ha mostrado capaz de dominar los problemas de esta tierra. Los tres escriben desde el sufrimiento de la sociedad, a la que se trata de liberar de la falta de libertad y de la opresión. Y los tres coinciden, remitiendo a una historia dos veces milenaria, en que el cristianismo no ha servido para liberación, sino precisamente para opresión de la sociedad humana. Su análisis e interpretación son, por ello, cuestiones lanzadas a los cristianos, a la Iglesia y a la teología.

TEOLOGÍA NATURAL E ILUSIÓN

Buscamos las verdaderas y nuevas relaciones de señorío, que son fundamento para la liberación de las antiguas, y permiten poner a la humanidad entera en movimiento hacia una libertad cada vez mayor. Este movimiento de liberación es la auténtica misión de la Iglesia, cuyo sentido reside únicamente en sus esfuerzos por llevar a la sociedad humana del antiguo sistema de señorío al nuevo. Pero, ¿a qué se llama "antiguo" y "nuevo" señorío? ¿Y a qué se llama liberación?

Es afirmación tradicional de la cristiandad, al menos ya desde la carta de Pablo a los Gálatas, que Jesucristo, como Señor nuevo y verdadero, ha llamado a la verdadera libertad a los cristianos, y con ellos a toda la humanidad, incluido el pueblo judío. Y ha de tenerse muy en cuenta el hecho de que el llamamiento de Pablo en Romanos 13 estuviera dirigido a unos destinatarios para quienes, a la vista del señorío de Cristo, ya no era tan evidente la obediencia a las autoridades. Sea como sea, la historia de la cristiandad muestra claramente, que la religión cristiana se amoldó muy pronto a los valores y relaciones de señorío existentes. Y simultáneamente se verificó un proceso de paganización del cristianismo, de la Iglesia e incluso de la teología, que continúa hasta el presente. De ahí la pregunta por la llamada *teología natural*.

Teología natural se produce allá donde los hombres hablan de Dios de una forma que le presenta, conceptúa y describe en analogía con el hombre, la sociedad humana y sus circunstancias. El problema queda bien concretado tomando como ejemplo el planteamiento de Engels en el *Anti-Dühring*: parte del supuesto de que el hombre sólo dominará algún día realmente la tierra, y será señor de su propia producción, cuando abandone definitivamente el "reino animal". Y un indicio importante para esta libertad es la extinción -por "muerte natural"- de la religión. Porque toda religión no es otra cosa que el reflejo fantástico, en las cabezas de los hombres, de aquellas fuerzas exteriores, naturales y sociales, que dominan su existencia diaria, vistas bajo la forma de fuerzas sobrenaturales. Por eso desaparece, piensa Engels, cuando el hombre domina realmente las relaciones de producción. "Todavía se dice: el hombre propone y Dios (es decir, la alienación del modo de producción capitalista) dispone... Sólo cuando el hombre ya no sólo proponga, sino que también disponga, entonces desaparecerá obviamente también el mismo reflejo religioso".

Teología natural es acomodación de la teología y de las relaciones eclesiales a los modos de actuar y maneras de pensar de la sociedad y, simultáneamente, fundamentación de ese acomodo por referencia a Dios o al Señor Jesús. Toda teología natural tiene que ser, por tanto, necesariamente producto de la ilusión humana. La crítica de la religión de Marx, Engels y Freud es incontestable allí donde el cristianismo ha caído en la tentación anticristiana de ser amplio reflejo de las relaciones de señorío existentes. En una comunidad donde Cristo sea confesado como Señor, pero este señorío no promueva cambios en las actitudes sociales de la comunidad, se da la sospecha de ilusión sobre la teología natural. Y allí donde, en nombre de Jesucristo, se defiendan estructuras y formas de actuar antiguas, contra toda clase de cambios en las dimensiones económicas y políticas de la existencia humana, se verifica una inversión total de la teología, aun cuando ésta parezca estar fundamentada bíblicamente. Tal teología `lleva al abandono de la misión de la Iglesia y del cristianismo. Pues la misión procede de las relaciones verdaderas de señorío, de un cambio de señorío que se refleje en un cambio de la existencia y, por él, en una conversión del hombre y de la historia humana.

Allá donde los cristianos, como grupo y como individuos, no ejecutan ningún cambio fáctico de señorío, ni provocan -en el mejor sentido de la palabra- a tal conversión de actitudes y de "estructuras", no tienen nada que decir y el sentido de su misión queda oculto. Pero allá donde el anuncio del Señor verdadero conduce a un seguimiento auténtico, a una sociedad cambiada, a comunidades dinámicas, sí resulta llamada y atraída la sociedad restante: ahí está a la vista la misión del hombre.

MISIÓN COMO PRAXIS DE LIBERACIÓN

¿Tienen, entonces, la culpa la Iglesia y los cristianos, especialmente los teólogos, de que, tras casi dos milenios de historia, esté puesto en cuestión *intra et extra muros ecclesiae* el señorío universal del Resucitado?

¿No indican la discusión entre "Ley y Evangelio", la de los dos "Reinos", la historia de interpretaciones del sermón de la montaña y la historia del monacato, qué difícil es para la cristiandad realizar el señorío del nuevo Señor del mundo? En definitiva, ¿se debe hablar todavía hoy de un Señor del mundo? ¿O debemos quizá renunciar ya a la primera confesión cristiana, que es el título de Señor del mundo para Jesús resucitado, porque tal título haya sido comprendido durante generaciones en el horizonte de las concepciones profanas? Por otra parte, ¿no se necesita una gran dosis de ingenuidad, a la vista de los poderes económicos multinacionales y de las grandes potencias armadas y rearmadas hasta los dientes, para hablar del señorío universal de Jesucristo sobre todos los pueblos? De la respuesta a esta pregunta depende el sentido de la misión cristiana.

Sí la venida de Jesús no tiene un significado obligatorio para todos los hombres, el cristianismo- puede reducirse cada vez más a un asunto privado. Pero si el Jesús anunciado a través de los siglos es verdadero Señor del mundo, entonces tiene que ser considerado el tema de la misión de la Iglesia de un modo totalmente distinto. Ya no en batalla competitiva con otras religiones, ni como actividad de conversiones, ni como propagación de la fe, ni como construcción del Reino de Dios, ni tampoco simplemente como acción social, económica o política. Porque estas formulaciones (pese a sus buenas razones) plantean falsamente la relación de los cristianismos con su Señor,

convirtiéndose ellos en sujetos ahí donde sólo Dios puede verdaderamente actuar con soberanía y libertad y en esa actuación hacer libre al hombre. La voz del Dios vivo queda entonces dominada por las falsas voces de los cristianos, y su presencia en la historia queda ocultada por la presencia de los cristianos y de la Iglesia, que no dejan hablar a su señor.

Una de las peores equivocaciones es la mala comprensión ecuménica de la *conversión*. Porque la venida del Señor verdadero, no sólo cuestiona totalmente, una y otra vez, el pensamiento de la humanidad, sino que además lo trastoca de arriba abajo. La misión del cristiano significa, por tanto, darle la vuelta al pensamiento corriente, de tal modo que toda la existencia manifieste un nuevo sentido, un nuevo interés, una nueva motivación.

De manera más concreta, este señorío de Jesús crucificado del que habla la tradición neotestamentaria, se manifiesta en el *servicio*. En la entrega total de la vida de Jesús se muestra el verdadero señorío que abre perspectivas de futuro a la humanidad. La perícopa joánica del lavatorio de los pies, que sustituye a la perícopa sinóptica de la Cena, da testimonio de una manera intuitiva de esta clase de señorío: el Señor del mundo lava los pies a sus discípulos.

Es precisamente el servir lo que da los testimonios mayores, más fuertes y más determinantes, de las nuevas relaciones de señorío. Allá donde el servir comienza a prevalecer, donde el amor -por decirlo así- predomina, donde finalmente los hombres son uno para otro, allá domina Cristo. Servicio y señorío ya no pueden ser distinguidos uno de otro. El servir en la Iglesia lleva al señorío, y éste al servicio. En tanto los cristianos y la Iglesia no tengan *la diaconía en el centro de su actividad* y la entiendan de una manera completamente nueva *en relación con su misión*, combaten con armas de madera y testimonian un falso Cristo. Los chinos emplean la palabra "tigre de papel" para este señorío.

En este trastocamiento de la comprensión corriente del servicio y del señorío está puesta la libertad de la humanidad, de los diversos pueblos, razas, clases sociales y generaciones, de las costumbres, hábitos y falsas estructuras de soberanía y servidumbre. La liberación de la esclavitud y de la explotación está ya en germen en la venida de Jesús, en su pleno y nuevo señorío como "esclavo de los esclavos". El trastocamiento del pensamiento existente no queda satisfecho con las "soluciones" marxista o capitalista para superar la esclavización económica. La existencia cristiana nunca es confundible ni con la existencia marxista ni con la burguesa. Pero el mundo occidental burgués no tiene derecho a extrañarse sobre los cristianos que se confiesan marxistas hasta tanto que no haya comenzado a extrañarse también, y de verdad, del aburguesamiento del cristianismo occidental. Lamentablemente, aparece con más claridad el trastocamiento de valores y actitudes en Mao, aun siendo irreligioso y no cristiano, que en el pensamiento y actitudes normales de los cristianos aburguesados. Porque la conversión, el trastocamiento de la manera de pensar de los cristianos, es un abrirse cada vez más a los demás, un exponerse a las contradicciones de los hombres y de la sociedad, a la vista de la contradicción que mostró su Señor. Y así llegar a ser un hombre nuevo.

EL HOMBRE NUEVO

El hombre nuevo es el que atestigua al Señor verdadero. Y manifiesta, por tanto, unas relaciones nuevas. Todos los escritos del Nuevo Testamento, y las primeras comunidades cristianas, son reflejo de las nuevas relaciones de señorío establecidas por el nuevo Señor del mundo.

La Iglesia, entonces, no debe ser reflejo de las relaciones de señorío corrientes en cada situación. La comunidad cristiana, por ejemplo, en un mundo comunista testimoniará siempre algo de la soberanía de su Señor, y en su actitud social competirá buenamente con todas las formas de socialismo. La comunidad cristiana en medio del mundo burgués nunca será idéntica a cualquier forma de burguesía. Lo mismo puede decirse para la Iglesia extraeuropea. El "Cristo negro" no es otra cosa que una respuesta al "Cristo blanco", del que, por suerte, los africanos ya no están contentos.

Las comunidades que reflejan, ante todo, la sociedad existente, no son, en último término, más que imitadoras de las relaciones de señorío de su entorno, con un disfraz religioso y quizá moralista. Esto vale para los cristianos de todo continente y en todos los sistemas sociales: si reflejan las relaciones existentes, han traicionado al Señor.

Pero también cuando los cristianos rehúsan "introducirse" en las relaciones sociales, económicas y políticas y, por decirlo así, se retiran al ámbito eclesial, y restringen su culto simplemente al espacio sacral, acomodándose en el resto de la vida al "esquema de este mundo", también traicionan al Crucificado. No entienden que la misión de Jesús no estuvo dedicada preferentemente a fundar iglesias, sino a convertir a los hombres, de tal modo que sólo surgieran aquéllas en favor de la transformación de los hombres y con miras a la transformación de toda la humanidad.

El hombre nuevo "produce" relaciones nuevas de señorío y servicio, imitando al Señor. Pero la analogía es inconvertible: el Señor no es reflejo de las relaciones humanas de Señorío. Es cierto que el Señor no puede ser atestiguado de otra manera que a través de hombres, pero precisamente sólo en cuanto estos hombres vivan en analogía al Señor, y no considerándose los sujetos de un nuevo señorío.

Preguntábamos más arriba si no ha sido ya un "pecado" de la cristiandad del primer siglo, calificar a Jesús como Señor, darle el título de *Kyrios*, señor de esclavos y emperador. Esta pregunta sólo podrá ser contestada afirmativamente si no se ha entendido la conversión, el cambio de corazón (*metanoia*), que está basado en la posibilidad futura del hombre testimoniada por Jesús. En esta posibilidad, en la "nueva creación", en el hombre nuevo, descansa el sentido de la misión: el descubrimiento del hombre nuevo en el nuevo señorío de Jesucristo, su anuncio y realización en la humanidad total. Si la cristiandad del primer siglo emplea los títulos de soberano y Señor para calificar al servidor de todos, despreciado, burlado y muerto en cruz, Jesús, es que realmente trastoca la manera corriente de concebir el señorío. Todo el Nuevo Testamento está marcado por el trastocamiento de todos los conceptos de poder. Los relatos de la Pasión, sobre todo, manifiestan la más impresionante de estas "conversiones": ¡el Crucificado impotente domina, la muerte vive!

El ejemplo central para este trastocamiento del pensamiento, para la vuelta completa de la existencia como reflejo de las nuevas relaciones de señorío, lo da Marcos en su!

resumen del mensaje de Jesús: "El Reino de Dios está cerca y viene; por eso, ¡convertíos!" (1, 15). El nuevo señorío y la conversión forman un conjunto inseparable. La conexión de "Reino" y "conversión", contenidos del anuncio de Jesús, muestra que la comprensión de la misión que hace Mateo tiene probablemente apoyo en la misión del Jesús terreno. Sólo los que han caído en la cuenta de lo absurdo del pensamiento existente en un mundo equivocado, cuando se le enfrenta al señorío nuevo que está en camino, pueden hablar del "Reino". Pero pueden hacerlo sólo en una existencia de conversión, como personas que se dejan cambiar continuamente y, de esa manera, son provocadoras de un cambio.

Tradujo y condensó: ANTONIO GUILLÉN